

Magisterios Anónimos

El vínculo con la tierra y las gentes que la habitan

VICENT ESTEVE / Maestro

Mientras se hacen el café y las tostadas, Tomás sale al huerto para ver si ya han nacido las judías, si hace falta regar otra parcela o si ¡maldita sea! le está saliendo pulgón a las habas. No da tiempo más que a mirar. Desayuna, echa un vistazo al horario del día y prepara material. Ya en el colegio, la jornada transcurre sin apenas tiempo para hacer las cosas que ha pensado para cada clase. El día pasa volando... Y Tomás acaba mentalmente agotado.

Pero cuando el aula se vacía, en su cabeza ya da vueltas a qué campo debe acudir para labrar los olivos antes de que la hierba haya crecido demasiado. Tomada la decisión, se cambia de ropa e inicia esta otra jornada, que le descansa de la anterior. A veces tiene que ser corta, porque debe acudir al Ayuntamiento, del que es concejal, para defender el nuevo proyecto... Y así llega a la cena, muchas veces preparada por él mismo, y, con suerte, alcanza a ver el comienzo de una película antes de caer en brazos de Morfeo. Tras un sueñecito reparador, se entrega a la lectura del libro que siempre aguarda en la mesilla de noche. Así podría ser un día cualquiera de este maestro rural que es Tomás. "¿Ya me gustaría saber dónde está esa mítica tranquilidad de los pueblos?" No es una queja, aclara: "es un estilo de vida, que yo asumo sin decir no a nada: ni a una cooperativa de turismo rural de la que soy socio, ni a unas jornadas de escuela rural en no sé qué sitio de España. Somos así".

Podría haber sido maestro en un centro grande de la capital, como le recomendó el primo que le inoculó el gusanillo de la enseñanza ("la capital te brinda más oportunidades"), pero Tomás lleva treinta años en la escuela de su pueblo, un Centro Rural Agrupado (CRA) a medias con otro pueblo de la Serranía del Turia. Eligió la escuela más próxima al entorno, a las familias y al alumnado. Tal vez quedó tocado, como muchos y muchas de sus colegas, por el magisterio del profesor Gonzalo Anaya, para quien las personas siempre fueron más importantes que los saberes.

El viaje para llegar al lugar de donde había salido fue breve. Se inició alfabetizando a un grupo de "gentes agradecidas, cariñosas y solidarias", gitanos y gitanas, en un pueblo no muy lejano al suyo, aprendizaje que le sirvió para encajar, un poco más tarde, en un colegio con numeroso alumnado gitano, donde recaló tras aprobar las oposiciones. Después, pasó un año en Barcelona. Allí, como encargado del comedor, conoció de primera mano las necesidades de muchas familias y siguió aprendiendo que la escuela debe jugar un papel importante en su ayuda. Una vez que hubo conocido la escuela urbana, eligió volver a casa, elección que valora de este modo: "para mí ha sido una muy buena experiencia haber sido maestro de los hijos de mis vecinos y seguir siéndolo ahora de los hijos de quienes fueron mis alumnas y alumnos".

Tomás se muestra un tanto dubitativo cuando afirma que no sabría decir por qué es maestro rural. Sin embargo, según avanza la charla, va desgranando lo que se podrían considerar sus razones: "lo que siento es un vínculo con el territorio y las gentes que lo habitan, un afecto por

"Mi compromiso con esta comunidad no se limita a hacer lo mejor que sé mi trabajo; me interesa su historia, su patrimonio, sus costumbres, su medio ambiente..."

la cultura y la personalidad del pueblo, la necesidad de estar en contacto con el paisaje que me acompaña desde siempre. Me siento cómodo entre esta gente y me gusta la atención directa a un pequeño grupo de estudiantes a los que llegas a conocer muy bien". Se ve que le gusta coincidir con su alumnado en la plaza, en la biblioteca o en la peña ciclista, justo de lo que huirían muchos otros.

No son razones pequeñas. Tomás cree que, igual que no se deja de ser maestro cuando termina la escuela, "uno ha de dar salida a otras inquietudes e ilusiones. Mi compromiso con esta comunidad no se limita a hacer lo mejor que sé mi trabajo; me interesa su historia, su patrimonio, sus costumbres, su medio ambiente y su economía. Pero no solo por el placer de conocer, sino por conservarlos y mejorarlos y, por supuesto, darlos a conocer". Esto explica su interés por la vida pública. Ha sido concejal durante dos legislaturas, tiempo durante el cual mostró una gran sensibilidad para evitar la pérdida de algunos elementos patrimoniales y se esforzó para que la gestión cultural tuviese una mayor proyección. Y todo ello con una mirada puesta

en el horizonte: ha sido un miembro muy activo (hoy no tanto) del Centro de Estudios de la Serranía, una entidad creada para la defensa del patrimonio natural y cultural de los pueblos de la comarca, con una clara preocupación por su futuro.

Por supuesto, hay que combatir el aislamiento que acecha en el medio rural. Como si de un MRP se tratara, desde que llegó a la comarca, Tomás formó parte de un colectivo de maestros que, tras el horario escolar, organizaba actividades con todo su alumnado: jornadas de convivencia, excursiones por los pueblos y cosas así, además de favorecer un fructífero intercambio de experiencias. Se organizaban jornadas y cursos que aún tienen su continuidad. En esto andaba cuando tuvo la oportunidad de incorporarse como asesor al Centro de Formación de Profesorado que abrió una extensión en su pueblo para atender la formación del profesorado de la comarca. Después de tres años, la distancia pudo más que la novedad y regresó a la pizarra: "necesitaba volver a la realidad escolar", reconoce.

Durante los primeros años, a las obras de teatro le sucedían las revistas para financiar los viajes de fin de curso. Todo se hacía después del horario escolar. También proliferaron las salidas por los alrededores del pueblo. Hoy, esto pasa cada vez menos porque los horarios y las especialidades (Tomás es, desde hace tiempo, especialista de inglés) limitan la libertad de la actividad escolar, una de las singularidades positivas de la escuela rural.

En los 90 se embarcaron en la realización de proyectos conjuntos entre varias localidades, consiguieron los primeros maestros itinerantes de apoyo y acabaron constituyendo uno de los primeros CRA con el pueblo vecino. Esta estructura, aunque mejorable, proporciona estabilidad al equipo docente y constituye una buena respuesta a las necesidades educativas de la población. "Quizá a costa de la voluntariedad y del entusiasmo de los maestros de pueblo", opina Tomás, que se muestra un tanto tercoso de que los recortes sociales que ordenan sin pudor nuestros gobernantes se lleven por delante avances conseguidos con tanto esfuerzo.

Un esfuerzo cotidiano que hay que saber compensar. A Tomás se le puede encontrar cualquier día cultivando el huerto o en el campo cuidando con mimo sus árboles frutales. Además de formar parte de su despensa, el fruto de este trabajo también le proporciona la dosis necesaria de retiro silencioso: "al tiempo que hago un poco de ejercicio físico, la labor en el campo me permite dar libertad a mi pensamiento, poner en orden mis ideas, pues durante las horas de clase estoy concentrado en la materia y en atender a los chicos". Lo que sabe de agricultura lo aprendió de su padre y empeñándose en mantener procedimientos de cultivo ecológicos, empleando, para combatir plagas, técnicas respetuosas con el medio ambiente y preservando variedades autóctonas. "Siempre he consumido verduras y frutas de casa y quiero seguir haciéndolo. Es un consumo saludable y me gustaría sembrar esta inquietud en el alumnado con el huerto escolar que trabajamos en el recreo".

Y así, mientras poda, riega, siembra o recoge la fruta, hace un repaso de lo que queda por hacer. Parece tentador.

